

RESUMEN

DURANTE LOS AÑOS 60, 70 Y 80 LAS CIENCIAS SOCIALES SE VEN IMPELIDAS POR GRANDES MOVIMIENTOS SOCIALES, PERO SOBRETUDO POR UNA EXIGENCIA MAYOR QUE INVITA A REVISAR SU CONCEPCIÓN Y PROPIA CONFIGURACIÓN. ES EN ESTE MARCO QUE LA PSICOLOGÍA SOCIAL ENTRA EN CRISIS, VOLCANDO LA MIRADA HACIA EL INTERIOR, PARA DETENERSE EN DOS CONFLICTOS IMPORTANTES: EL NIVEL DE LA RELEVANCIA DE LOS TEMAS ESTUDIADOS Y EL NIVEL EPISTEMOLÓGICO. ESFUERZO DOBLE EN EL SENTIDO DE LOGRAR TENSIONAR CADA POSTURA, DESTACANDO SUS CONFLICTOS, PLANTEAMIENTOS Y SOLUCIONES, PARA LUEGO DAR CABIDA A UNA BREVE PROPUESTA REFERIDA A LAS CONDICIONES PARA REPENSAR LO SOCIOPSICOLÓGICO DESDE UNA POSTURA POLÍTICA.

PALABRAS CLAVE: *PSICOLOGÍA SOCIAL, CRISIS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL, LO POLÍTICO.*

ABSTRACT

DURING THE YEARS 60, 70 AND 80 SOCIAL SCIENCES ARE IMPELLED BY GREAT SOCIAL MOVEMENTS, BUT ABOVE ALL BY ONE MORE DEMANDING THAT INVITES YOU TO REVIEW YOUR DESIGN AND OWN SETTINGS. IS IN THIS CONTEXT THAT SOCIAL PSYCHOLOGY IS IN CRISIS, TURNING THE GAZE INWARDS, TO STOP AT TWO MAJOR CONFLICTS: THE LEVEL OF THE RELEVANCE OF THE SUBJECTS STUDIED AND THE EPISTEMOLOGICAL LEVEL. THE DUAL EFFORT TO STRESS EACH POSTURE, HIGHLIGHTING THEIR CONFLICTS, APPROACHES AND SOLUTIONS, TO THEN INCLUDE A BRIEF PROPOSAL CONCERNING THE CONDITIONS FOR RETHINKING THE UNTILLED FROM A POLITICAL STANCE.

KEY WORDS: *SOCIAL PSYCHOLOGY, CRISIS OF SOCIAL PSYCHOLOGY, POLITICAL.*

De la utopía en Psicología Social: Murmullos políticos de una crisis¹.

Isca Leyton · Andrés Durán*

“La tradición es la profundidad de la sociedad. La historia no es lo anterior al presente, sino su profundización”.

Pablo Fernández Christlieb

Introducción

Tal vez hoy, a casi cuarenta años de la crisis vivida por la Psicología Social, ya no tenga mayor sentido seguir hablando de ella, de las apremiantes condiciones sociohistóricas que la hicieron posible, de las lógicas en las que se sustentó, o de las diferentes formas prácticas que pudo desplegar en el curso de su existencia, ni siquiera quizás tenga mayor relevancia en nuestros días enunciar palabra alguna sobre las múltiples implicancias que esta tuvo o pudo haber tenido para las ciencias sociales en general, pero sobre todo implicancias para la misma Psicología Social. Probablemente lo recomendable, en todo caso lo saludable en tiempos enfermizos, sea hacer la vista gorda y pasar por alto aquellos discursos insurrectos y alternativos, que no hicieron más que incomodar a una disciplina en momentos en que ésta se encontraba en calma;

1 El presente trabajo constituye la versión artículo de la presentación hecha por los autores, en el Primer Congreso Iberoamericano de Psicología Política, realizado en la ciudad de Lima, Perú.

* Isca Leyton. Psicóloga UAHC. E-mail: ileytonq@gmail.com
Andrés Durán. Psicólogo UAHC. E-mail: adiurant08@gmail.com

seguramente sea de mucha más pertinencia embarcarse en el carro contemporáneo de lo comprable-utilizable-rápidamente-desechable, tan de moda hoy por hoy, y asumir que todo aquello de lo cual se habló, escribió, discutió, tensionó y, en buenas cuentas, luchó, con pasión y dedicación en torno a la crisis de la Psicología Social, no fue más que un momento de euforia y lucidez, un momento especial para muchos hombres y mujeres cansados de hacer siempre lo mismo para lo mismo desde la psicología, pero que fue, en el fondo de las cosas, eso, nada más que un momento de iluminación fugaz².

Sin embargo, y a pesar de la preponderancia de la inmediatez que incita a consumir ideas y a desecharlas pronto, acá se optará por hacernos cargo de lo que sería aún para nosotros un problema, o mejor, un conjunto de asuntos problemáticos al interior de la disciplina que, lejos de estar resueltos, murmuran por doquier dando cuenta de su vigencia y también de su importancia. Consideramos que en los tiempos que nos son contemporáneos, tanto más importante es la problematización del pensamiento y de la práctica psicosocial, cuanto que el mundo que fue puesto en entredicho en tiempos de “crisis” sigue siendo hasta nuestros días un mundo con plena presencia, vale decir, uno en el cual el sentido de participar en él, de estar en él, incluso de identificarse con él en su difusa y heterogénea forma, pareciera escabullirse en cada instante, como si éste no quisiera ensamblarse con uno, ni uno con él, justamente por las características que le dan sustancia.

2 Como ha sostenido Juan Sandoval (2009), existen impresiones antagónicas al momento de ponderar el estatuto de ese acontecimiento denominado “crisis de la Psicología Social”; para algunos se habría tratado de un acontecimiento con consecuencias importantísimas incluso hasta el día de hoy en el orden de las ciencias sociales (Cfr. Ibáñez, 1990), pero para otros, representaría un momento menor al interior de la disciplina, momento que, en todo caso, no se correspondería con lo que es nuestra propia actualidad. (Cfr. Páez, 1992).

Y es que, en efecto, nada ha de indicar que luego de la inquieta producción y proliferación de conocimiento psicosocial alternativo, sospechoso y problematizador, nuestras prácticas en sociedad y las distintas formas de vida que las constituyen hayan zafado a los efectos de dominación, de sujeción, de explotación, en fin, de sufrimiento humano que en general inunda los diferentes campos en que la acción humana tiene cabida. Dicho pronto, a pesar de la existencia de importantísimos puntos de fuga que lograron instalarse al interior del mismo centro tensionado, el centro psicosocial, no es posible señalar tan fácilmente, que se ha logrado salir finalmente de aquellas condiciones mundanas, materiales y simbólicas que fueron fuertemente denunciadas como negativas, y frente a las cuales se erigió, justamente, una Psicología Social crítica y en muchos casos radical³ (Íñiguez, 2002). Antes bien lo contrario, entre nosotros, contra nosotros y, muchas veces, a pesar de nosotros, aquellas formas de relación societal caracterizadas como degradantes y despreciables por sus consecuencias y efectos, se han sostenido en el tiempo con relativa facilidad, y lo que es aún peor, se han multiplicado en otros variados emplazamientos apareciendo en modalidades novedosas, pero no por ello menos indignantes. La mercantilización absoluta de los diferentes campos de que se compone la existencia (mercantilización de la vivienda, mercantilización de la salud, mercantilización de la educación, mercantilización del trabajo en el sentido amplio del término), la espectacularización grosera de las relaciones sociales a un nivel general, la creciente tecnificación y especialización de los procesos

3 La distinción entre Psicología Social Crítica y Psicología Social Radical, es efectuada por Lupicinio Íñiguez (2002), en el marco de la especificación referida hacia la tendencia psicosocial de problematización epistemológica de todo proceso de construcción de saber, de aquella referida más bien a una búsqueda de las condiciones de cambio social. Desde el punto de vista del psicólogo social español, la Psicología Social Crítica se aproximaría más bien a la primera opción, mientras que la Psicología Social Radical, estaría ligada más cercanamente a la segunda, sin perjuicio, por supuesto, de poder complementarlas.

de comprensión e intervención en la sociedad, el auge desmesurado de las desigualdades entre clases sociales, y la invención contemporánea de diversos mecanismos para reproducir esas mismas desigualdades, constituyen, pues, solamente un botón de muestra de lo que venimos enunciando.

Y si hay que volver a la Psicología Social, al momento en que suspicazmente formuló preguntas cruciales, cuestionamientos fundamentales y de densidad mayor, es sobre todo porque en ese espacio condensado de sueños y sorpresas, de anhelos y expectativas utópicas, parecieran existir elementos posibles de utilizar contra ese mundo que tanto molesta, que tanto incomoda, y que es lamentablemente el de nuestro cotidiano vivir.

Ver lo que permite ver... o referirse al gesto setentero.

Como se ha enunciado en diferentes lugares⁴, la Psicología Social entró en crisis cuando, entre revueltas universitarias, reformulaciones científicas, y otros tantos vericuetos de rebeldía ante los poderes establecidos, toma conciencia de su situación y aprecia que su forma de pensar y proceder en el mundo ya no daba más de sí, cuando entiende, a punta de reflexión, que el camino transitado por décadas ya no podía seguir siendo el mismo, y que debía realizar, por lo tanto, un cambio de rumbo; por eso el adjetivo

4 Si bien es cierto el hecho de que la producción psicosocial que se refiere explícitamente a la crisis de la Psicología Social ha disminuido considerablemente en los últimos años, no es menos cierto el que pueden encontrarse importantes trabajos que proveen de un mapa general en relación al asunto, y que permiten, al mismo tiempo, entrar en la discusión comprendiendo los puntos centrales de las tensiones elaboradas en tiempos de crisis. El lector puede consultar "Aproximaciones a la Psicología Social", de Tomás Ibáñez (1990); "Psicologías Sociales", de Josep Blanch (1982); "Estudios básicos en Psicología Social", de Eduardo Crespo y José Torregosa; "Psicología colectiva, un fin de siglo más tarde", de Pablo Fernández Christlieb (1994); y "Una lectura a la crisis y reconstrucción de la Psicología Social", Juan Sandoval Moya (2009).

de "crisis", que fundamentalmente quiere decir quiebre, ruptura, punto de inflexión en que se hace insostenible la continuidad del trabajo realizado, la labor de su ciencia. Puede sostenerse que desde entonces la disciplina volcó la mirada a sí misma, y comenzó a profundizarse en su interior, a recorrerse pero también a re-conocerse en aspectos incognoscibles respecto de los que había podido apreciar en tiempos pretéritos: comenzó a entenderse. "Empieza entonces una autoconciencia de la sociopsicología, como una disciplina de sí misma" (Fernández Christlieb, 1994, p. 164). Es como si, luego de un profundo aburrimiento de lo que la constituía tanto en la práctica como en la teoría, un remezón fulminante la hubiese tomado desprevenida, casi por la espalda, provocándole un trastocamiento curial en su andar naturalizado; o también, es como si luego de haber sufrido un profundo malestar en relación a lo que ella misma se había convertido durante el siglo XX, un sorpresivo e imponente espíritu⁵ la hubiese penetrado insidiosa pero gradualmente, generando en ella un conjunto de modificaciones importantes en torno de su estado habitual. En todo caso, sea por aburrimiento o por descontento, o por ambos a la vez, lo cierto es que la disciplina psicosocial dejó de tender la mirada hacia fuera para, al contrario, echar un vistazo más bien a aquello que se encontraba en su interior; comenzó a observarse, a apreciarse, si no en plenitud, sí por lo menos en virtud de todos esos históricos elementos que justamente le permitían ver. La Psicología Social, disciplina que con tanto empeño depositó su mirada en la realidad de los fenómenos y objetos del mundo "allí afuera", comenzó a comprender la riqueza de detenerse en las condiciones que permiten un mirar posible, las formas que preceden a toda perspectiva, y por lo tanto, a toda enunciación.

5 Aquí la idea de espíritu cobra absoluta relevancia, y se refiere a esa suerte de atmósfera que impregnó no solamente al pensamiento psicosocial desde mediados del siglo pasado, sino al conjunto de las ciencias sociales; es el conjunto de factores externos e internos al que se refiere Tomás Ibáñez (1990), o el conglomerado de movimientos sociales de los que habla Pablo Fernández (1994), elementos que en buenas cuentas provocaron un influjo importante en el desarrollo del proceso de crisis.

En ese sentido se sostiene que la profundización operada por la Psicología Social, en tiempos de crisis, es una profundización interior que se detuvo no tanto en “lo visto”, cuanto en aquello que provee de un mirar, un enfoque, una perspectiva, un marco de comprensión, etc.; no se trató tanto de una excavación indagatoria en contra de una realidad “externa” que se resistía a mostrarse, sino sobre todo de un desplazamiento interno, a contracorriente diríamos, en busca de lo que no se encuentra dicho ni explicitado en la mirada perspectiva (trabaja de manera naturalizada incluso para el que porta el enfoque) pero que justamente posibilita observar objetos y sujetos, argumentar sobre sus relaciones e interacciones, preguntar sobre su estatus, cuestionar sus evidencias, en fin, simplemente mirar. Así, la exanimación detallada de lo no explicitado, de lo no enunciado en el enfoque, pero que era fundamental para poder operar en el mundo como una posibilidad de mirar, fue, en tiempos de turbulencias críticas para la sociopsicología, un imperativo categórico a no descuidar.

De ahí que, a pesar de presentarse como un acontecimiento, vale decir, como un emergente fantasmal que irrumpe de manera imprevista en un campo y desde el que proliferan posibilidades imprevistas de acción, el desencadenamiento de aquella búsqueda indagatoria fue más bien en un tránsito lento, pausado, sin prisa, a pesar de la premura por salir del hastío y disgusto en que se encontraba la disciplina. Cambio de rumbo en la disciplina, por cierto, pero un cambio de dirección lento, efectuado paso a paso, todavía más cuanto se sabía estar en presencia de un camino pedregoso. Y es que se requerían de otros instrumentos, de otros materiales para confeccionar “eso” distinto que se quería construir, aunque no se supiera con certeza qué cosa. No eran los mismos utensilios utilizados por casi un siglo los solicitados: fabricar cuestionamientos profundos, densos en términos filosóficos, políticos y culturales, confeccionar

preguntas que efectivamente dieran cuenta del espíritu del que nace la misma crisis, y por lo tanto, que identificaran de cerca hacia donde se quería ir luego de ella, eran actividades que en absoluto podían ser efectuadas con rapidez, con urgencia, so pena de volver a convertirse en aquello que la efervescencia del momento había cuestionado de manera radical. Lento por las arenas movedizas y, sin embargo, un andar sin detención, una autoconciencia sin estancamiento. El recorrido introspectivo experimentado por la Psicología Social durante el período de crisis no se detuvo ni vio interrumpido, a pesar de las múltiples resistencias de todo tipo que se fueron presentando (Ibáñez, 2000). Al contrario, desde la disciplina se siguió incursionando con absoluta curiosidad, indagando minuciosamente y con ojos bien abiertos ese mundo completamente ignorado, tal y como lo hace alguien que ingresa al interior de un espacio nuevo, o como quien vuelve a recorrer las calles y pasajes, las plazas o los sitios que lo vieron crecer, encontrando cada uno de ellos como tremenda novedad, a pesar de haberlos visto por años. Sin ánimo de detenerse, entonces, el pensamiento psicosocial se prestó una aguda atención: se concentró en los objetivos desde los que por mucho tiempo se elaboraron enunciados categóricos, conceptos célebres y teorías destacadas; visualizó apasionadamente el conglomerado de materiales con que estaban contruidos esos mismos conceptos y teorías. Y se sorprendió.

La introvisión de relevancia, o ¡la sociedad existe!

En un primer ahondamiento de profundización en ese espacio interior antes mencionado, y que destella como primera impresión sorprendente, es que la sociopsicología descubre una situación sustancial, a saber, que las modalidades a partir de las cuales se estaba generando conocimiento del mundo, y las razones que le

otorgaban validez y legitimidad a esas mismas prácticas investigativas, eran en realidad sendas engañas, o cuando menos, un conjunto de razones que se levantaron para producir efectos determinados en virtud de perpetuar intereses particulares de hegemonías establecidas. En efecto, mientras que la mirada transitada hacia fuera sostenía con voz fuerte e instruida que el método científico, por ejemplo, era el camino más adecuado para generar conocimiento sobre lo humano, dado que tendía hacia la objetividad y la elaboración de leyes y regularidades en el orden del comportamiento social, la mirada en lento desplazamiento interior postuló justamente lo contrario: cuanto más utilizado sea el método científico, más aún se visualizará la imposibilidad de asepsia en investigación psicosocial, vale decir, se apreciará en mayor medida que lo que se pone en juego es todo un espíritu cargado de intereses valorativos que no se pueden suspender ni poner entre paréntesis, justamente porque son esos mismos valores los que dan un marco de sentido a tales investigaciones. Asimismo, se argumentó que cuanto más pretensión de objetividad se postule, más se identificará, en realidad, que no es el progreso de los hombres lo buscado, ni la libertad tan anhelada y tan a la usanza de las sociedades capitalistas avanzadas, sino más bien su situación de degradación existencial arropada en todo caso en una vulgata científica.

En buenas cuentas, lo que se pone de manifiesto en la idea anterior es que *la sociedad existe*, que es de carne y hueso, y que, en tanto tal, influye de manera concreta en la misma producción de conocimiento científico, así como del mismo modo ejerce un influjo inevitable en el resto de nuestras actividades humanas: la sociedad está ahí, nos atraviesa de par en par tanto en el discurso como en la práctica. Como diría uno de los propulsores de esta primera forma de autoconciencia disciplinar: “Las personas no somos seres arrojados al vacío, sino que formamos parte de una historia, nos movemos

en una situación y circunstancia, actuamos sobre las redes de múltiples vinculaciones sociales” (Martín-Baró, 1983, p.10), vinculaciones que operan como un entramado social multiforme, variable, conflictivo, con relaciones antagónicas a la base, las que incluso pueden ser comprendidas en sus particulares dimensiones, a pesar de ser, en rigor, una entidad más bien global: vinculación de la práctica científica con el marco cultural que lo rodea, asociación y dependencia de la labor interventora *con* el marco económico existente, vinculación intrínseca entre los distintos factores que “componen” la sociedad y la actividad humana en general.

Se puede apreciar que en esta primera entrada sorpresiva, la mirada interior se alejaba paulatinamente de una serie de elementos propios de la Psicología Social “clásica”, lejanía que tintineaba con la aproximación integracionista de la sociedad⁶; sin embargo, aquel interés por distanciarse de la mirada tradicional que suponía una sociedad como dada naturalmente con conflictos nimios en su forma, contenido, proceder e interés efectivo, redundó también en una problematización importante no sólo referida al “cómo” de la Psicología Social, es decir, respecto de los procedimientos metodológicos utilizados en su labor, sino, además, respecto al *por qué y el para qué* de ella misma, lo que resultaba de mucha más importancia en la medida que cuestionaba el sentido de su existencia, y se acercaba aun más a uno de sus principales fines propuestos: “la Psicología Social debe buscar como objetivo el posibilitar la libertad social e individual” (Martín-Baró, 1983, p.48).

Conservando lo expuesto por el autor antes mencionado, desde una Psicología Social que asumiera la existencia de la sociedad como una

6 El planteamiento de “relevancia” en Psicología Social focalizó todos sus esfuerzos por distanciarse de la concepción integracionista de la sociedad que propulsaba la adaptación del orden social evidente, desde una perspectiva individualista y psicologizada, cuestión que Ignacio Martín-Baró (1987) aborda en la pregunta histórica de ¿Qué nos integra al orden social establecido?

entidad conflictiva que inevitablemente ejerce o provoca influjo en toda actividad humana, las preguntas adecuadas de formular serían las siguientes: ¿Por qué y para qué tanto dato y tanto número reflejado en sendas estadísticas relativas a los procesos de conformidad de jóvenes universitarios? ¿Por qué y para qué tanto estudio sobre actitudes, categorizaciones, atribuciones o procesos de obediencia social en poblaciones determinadas? ¿Por qué investigar desde la Psicología Social, y para qué? Si la mirada conducida hacia afuera respondía que porque el desarrollo humano depende de tales asunciones explicativas, la mirada tendida hacia el centro respondía, no sin suspicacia, que cada una de esas investigaciones realizadas a lo largo del siglo XX tenían por objeto el saber a toda costa cómo integrar al individuo al funcionamiento de la sociedad (Martín-Baró, 1983), cómo adaptar a los hombres y a las mujeres al estatus que se había establecido, pese a ellos mismos. Esta primera novedad psicosocial que emergía de aquel tránsito inverso al cristalizado por la disciplina, informaba sobre todo que una Psicología Social “integracionista” era el reverso de una perspectiva útil para explicar, por medio de gráficos y tablas, de máquinas y tecnologías, la acomodación simbólica y material de los sujetos a la sociedad, pero que en efecto no permitía entender nada, menos aún de las catastróficas desigualdades e injusticias experimentadas y reproducidas a la sazón en los emplazamientos del sur del mundo.

De este modo, la Psicología Social conecta, en su recorrido interior, con una fuerte carga ideológica que la hace tomar, durante el período, una posición política efectiva. La incorporación de esa variedad de factores o dimensiones sociales provoca que la misma disciplina vaya construyendo un lugar y un discurso común respecto de lo rechazado, para proponer líneas alternativas de acción. Así, no es solamente el hecho de mostrar al público el que la sociedad está siempre presente en cualquier actividad humana

-lo cual muchas veces la psicología tradicional desconsideró en su propio marco teórico-, sino sobre todo hacer evidente que dicha relación está fundada en conflictos opresivos y explotadores naturalizados que provocan consecuencias nefastas para las mayorías populares; mostrar que la Psicología Social puede operar funcionalmente hacia la reproducción de ese orden miserable de existencia, o bien que puede, por el contrario, remar a contra corriente aquel ordenamiento social basado en la dominación de clase, impulsando elementos teórico-prácticos para alcanzar la emancipación de los hombres. Es ahí que un proyecto de Psicología Social de la liberación cobra pleno sentido, iniciativa desde la que urge saber “cómo las personas pueden cambiar ese orden, liberarse de sus exigencias e imposiciones y construir un orden diferente, más justo y humano” (Martín-Baró, 1983, p. 13).

La introvisión epistemológica, o recorrer lo que contiene el saber

Ahora bien, puede decirse de manera secundaria y un tanto esquemática, que el centro tensionado de la Psicología Social cobró aún más densidad de la que había tomado cuando era la “relevancia social” lo que se ponía en juego, o lo que sería lo mismo, puede sostenerse, sin forzar mucho el argumento, que el recorrido trazado por la tradición de pensamiento psicosociológico iría todavía más lejos en su trayectoria de autoconciencia, en la medida que su crisis interna se agudizaba conforme a la elaboración de nuevos y diferentes argumentos críticos. Si la primera escena era en realidad una escena sorpresiva, dado que se había encontrado con una engañifa de sí y de sus pretensiones acomodaticias de integración, rehabilitación o restitución de los hombres y mujeres al orden social que se había establecido desde las hegemonías gobernantes (Martín-Baró, 1983), diríamos que la segunda escena fue una en que

la sorpresa se convertiría progresivamente en asombro, y el asombro en estupefacción, que es justamente aquella sensación de quedar atónito o pasmado por un hallazgo fascinante, en este caso el hallazgo de un momento problemático cargado de una profundidad ligada más particularmente a la producción de saber.

Lo que se puso en juego aquí, en este momento posterior de la crisis, no fue tanto un problema relativo a la “utilidad social” de la psicología en el sentido más clásico del adjetivo “social” -aunque este elemento fuese ya un antecedente a no despreciar por todo aquel que quisiera embarcarse en el camino de una perspectiva crítica en Psicología Social-, sino, sobre todo, un problema que tenía que ver con la comprensión del mismo proceso de elaboración de conocimiento científico, o sea, de producción y reproducción de verdad amparada y legitimada en la racionalidad propiciada por la modernidad, que es la racionalidad desde la que han funcionado históricamente las ciencias sociales, y por cierto, la sociopsicología. En ese sentido se entiende el reconocimiento hecho por Ibáñez y Domènech (1998) al texto de Kenneth Gergen, titulado “*La psicología social como historia*”⁷, documento en el cual, según el decir de los autores, “(...) se estaba yendo más allá de la evidencia de que el contenido y la forma de las teorías psicosociales dependen del momento sociohistórico en el que se desarrollan, y apostaba por una construcción social en la que los mismos fenómenos estudiados son transformados por el desarrollo sociohistórico” (P. 13).

7 Se trata de un texto publicado en 1973 por Kenneth Gergen, en el cual efectivamente se da un paso más allá en crítica interna de lo que se venía haciendo de la Psicología Social -más allá del problema de la utilidad social o de la metodología utilizada-, Gergen, efectivamente, pone en el centro de la discusión la dimensión epistemológica del asunto, sosteniendo que la producción de conocimiento psicosocial opera un “efecto ilustrativo” en los fenómenos que estudia, esto es, provee un influjo tal en ellos que incluso puede provocar la modificación de los objetos estudiados. Tal argumento, y aquel texto en general, es para muchos psicólogos sociales un punto inaugural a la hora de entender a la crisis de la disciplina en su sentido epistemológico (Cfr. Ibáñez, 1990; Fernández Christlieb, 1994; Sandoval, 2009).

Desde este punto de vista, el volumen alcanzado en aquellos tiempos turbulentos, no es ni temático (no eran los temas u objetos de estudios los que había que modificar si se quería hacer una Psicología Social crítica del orden establecido), ni metodológico (no había que contentarse con modificar el tipo de instrumento utilizado para el tratamiento de la realidad psicosocial), sino uno de corte eminentemente epistemológico: es en atención al conocimiento científico, a su producción, a su estatuto, a sus efectos, en fin, a su comprensión global en tanto actividad humana como tantas otras, que la Psicología Social continuará llevando a cabo ese proceso de *mirarse a sí misma*. De ahí el predominio que tuvo este discurso psicosocial en asuntos referidos, por ejemplo, al problema de la objetividad científica, de realidad en-sí, o de la representación del conocimiento experto. De ahí, además, la sobrevaloración que tuvo dicha perspectiva hacia todo enunciado que sostuviera decir la verdad de las cosas dada su correspondencia o adecuación absoluta con ellas⁸.

8 De la misma manera que el primer proceso de profundización efectuado por la Psicología Social se alejaba de una serie de planteamientos tradicionales de la disciplina (los que tendían a ignorar el conjunto de factores sociales que influían en la producción científica), este segundo momento crítico se distanció radicalmente de asunciones epistémicas que habían acompañado por mucho al discurso psicológico, alejamiento que se materializó en la problematización de tres puntos importantes. En primer lugar, abandono de la creencia que dicotomiza al sujeto que investiga del objeto investigado, o lo que sería lo mismo, la realidad del mundo de la acción humana (lo que se ha conocido como objeto en sí). Desde este planteamiento, no existiría aquella separación histórica que polariza al sujeto cognoscente por un lado y al objeto conocido por otro, más bien el supuesto objeto depositado en la realidad, contiene sobre sí, en cada parte de sí, ya al sujeto que lo aprehende. En segundo lugar, se objeta insistentemente la difundida creencia de la representación, la cual supone el hecho de que el conocimiento científico está posibilitado, mejor que cualquier otro tipo de saber, para conocer la realidad tal cual es; es el saber de las ciencias y no otro el que permite generar fotografías (re-presentaciones) de la realidad social; es aquél, dado su estatuto científico, el que provee la posibilidad de reflejar lo que sucede realmente en el mundo. Una vez más, el planteamiento crítico pone en suspenso esta creencia absolutamente arraigada en la cultura moderna: se postuló que existe una imposibilidad epistemológica de acceder al mundo y su realidad de manera independiente a los modos de acceso, lo cual se presenta como una absoluta falacia, dado que habría que comparar la “representación de la realidad” con la realidad misma,

A diferencia del primer proceso de introspección psicosocial que se focalizó en los elementos procedimentales o de sentido, esta otra mirada, sospechosa también, posicionó su punto de vista sobre todo en lo que tenía que ver con sus propios supuestos mantenidos a la base, digamos, sobre sus condiciones epistémicas de posibilidad. Desde entonces, y en ese marco de consideraciones, la crisis de la Psicología Social tomó ribetes interesantísimos: lentamente, se iría dibujando una trayectoria de pensamiento crítico, al mismo tiempo que se intentaba hacer desaparecer otras cuyas asunciones se encontraban clavadas en el corazón de la Psicología Social tradicional: se postuló así que es imperativo desdibujar la idea realidad como un mundo independiente, separado y distanciado del propio investigador; que es imperativo desdibujar la concepción representacionista del conocimiento; y que es imprescindible, en fin, realizar un desdibujamiento radical de la idea de verdad científica como criterio privilegiado para decidir asuntos que muchas veces colindan con aquellos que eran de carácter eminentemente público. Dibujar y desdibujar trayectorias, pensamientos, conceptos naturalizados, articular y desarticular argumentos y supuestos cristalizados, fue el horizonte de una segunda escena crítica en Psicología Social que tomó la metáfora de la construcción social de la realidad como estandarte de lucha frente a situaciones de concreta dominación⁹ que, desde su propio punto

y eso, según la perspectiva epistemológica, nadie ha sabido cómo hacerlo. En tercer lugar, se opera un distanciamiento radical de la idea de “verdad” desprendida del conocimiento científico, esa que sostiene que siempre se está en presencia de una verdad absoluta y trascendente en la medida que ese mismo saber científico re-presenta de manera fidedigna la realidad sobre la cual versa. Respecto de este último asunto, se sostiene que la verdad es siempre relativa: relativa a las prácticas, a las creencias, al marco epistemológico desde el que se sostiene, y por lo tanto, también lo es la verdad desprendida del conocimiento científico. Para una revisión detallada del planteamiento puede consultarse Ibáñez (2000).

9 Desde aquí la dominación atendida no es extrínseca al saber psicosocial, sino immanente a su desenvolvimiento. Se trata de la dominación ejercida a través de argumentos científicos, los cuales provocan una legitimación ideológica generalizada, al mismo tiempo que una sumisión imperativa a su discurso. Por un lado, legitimación ideológica de sus argumentos en la medida que están sustentados en

de vista, no podían ser resueltas simplemente situando el problema en elementos externos al propio pensamiento (el conjunto de factores que es detectado por la mirada precedente), pues así como es un hecho innegable el que la psicología y sus conceptos han estado históricamente ligados a los intereses de las hegemonías gobernantes, no es menos cierto el que este mismo saber, más allá de sus utilidades progresistas o conservadoras, tiene la capacidad de generar efectos negativos dada las propias características históricas que lo constituyen.

Como se ve, el argumento se complejiza, y con ello el derrotero psicosocial también; si bien hay que atender a la dominación históricamente producida contra determinados grupos sociales, tal y como lo había enfatizado el argumento de “relevancia”, ahora esa atención debe estar focalizada en otro lugar, en otro intersticio: en los supuestos epistemológicos no explicitados, en las naturalizaciones desde las que se opera, y en los efectos que ellas producen. Es ahí donde el punto crucial toma forma y donde el contenido de la propuesta cobra densidad; es ahí, también, donde emerge la posición política. Posición que asume la importancia de mostrar la *subjetividad* puesta en toda práctica humana, pero sobre todo en las científicas, por cuanto ellas mismas hablarían de sí en términos trascendentes, extra-humanos, como si la ciencia efectivamente hubiese tomado de manera secular el lugar de Dios; mostrar cuánto de humano hay en cada investigación, en cada producción de saber, y evidenciar que los hechos, en realidad, nunca hablan por sí solos, sino que es siempre la perspectiva, cualquier perspectiva, la que produce “objetos” de los cuales algo se puede enunciar. Posición política, a su vez, que asume

una supuesta objetividad científica, en una supuesta universalidad de sus resultados, pero por otro, sumisión de los hombres y mujeres en la medida que no queda más que consentir y obedecer lo que es enunciado desde dichos argumentos. En la medida de que el conocimiento elaborado desde esta matriz epistemológica habla de la “esencia” de los hombres, no queda más que amoldarse a tal discurso, sin posibilidad de interpelación, duda, o crítica.

la complejidad consustancial de lo “social”, entidad simbólico-material que en absoluto puede ser comprendida reduciendo su existencia a la sumatoria de conductas humanas, tal como efectivamente ha operado el pensamiento clásico de la Psicología Social; acá más bien se asume la importancia de no caer en un individualismo metodológico so pena de desestimar la riqueza de materiales diversos con los que está producido lo social, y a su vez la infinidad de formas que operan para transformarlo en cada instante. Es en la confluencia de un enriquecimiento de la comprensión de lo social, la capacidad desnaturalizadora del enfoque, y la asimilación de lo científico como práctica humana concreta, donde se juega la posibilidad de articular a la Psicología Social con una dimensión política particular, donde se establece la posibilidad de politizar a la ciencia, entendida como agenciamiento privilegiado de la creación de realidad.

Murmullos políticos luego de una crisis

Luego de andar por aquellos recovecos e introyecciones destacadas por los efectos furtivos de lo que se ha llamado “crisis de la Psicología Social”, e incluso más allá de las diferentes respuestas que han sido otorgadas tanto desde la primera escena crítica como desde la segunda, interesa detenerse brevemente en algunas reflexiones que intenten ir más allá de los obstáculos que cada una de esas perspectivas contiene. Pues bien, como hemos podido apreciar a lo largo del trabajo, esgrimiendo reflexiones significativas relacionadas con el quehacer del psicólogo en el contexto latinoamericano o elaborando problematizaciones medulares respecto a los efectos del mismo conocimiento psicosocial desarrollado, es que la disciplina tambaleó en tiempos de crisis; no obstante, ¿qué queda para la Psicología Social en pleno siglo XXI? ¿qué queda para ella luego de que la densidad adquirida en pleno período de

crisis ha ido progresivamente desapareciendo conforme pasan los años? ¿qué es lo que queda para la Psicología Social una vez que, al parecer, ya no hay ni sorpresa ni asombro, por lo tanto, muy pocos sueños y muy pocas utopías? Posiblemente quede todo por hacer, pero de manera particular, sostenemos que situar al menos tres puntos importantes sobre la mesa puede propiciar elementos fundamentales para continuar desarrollando un planteamiento crítico que no se cosifique o establezca en sus expectativas, que no se cristalice en una supuesta resolución de la crisis, o incluso, que no se sitúe en posiciones institucionales acomodaticias que poco tienen que ver con ese horizonte utópico que imaginó la posibilidad de inaugurar un orden diferente al existente. Y los elementos son tres: complementariedad entre argumentos radical y epistemológico; exigencia de volver a pensar el horizonte utópico; y atención prioritaria a la precarización generalizada de la vida.

En primer lugar, entonces, complementariedad entre perspectivas radical y epistemológica, o lo que sería lo mismo, asumir que ambos planteamientos aportan más a la batalla contra la dominación si se los piensa y utiliza de manera mancomunada que si son comprendidos de manera antagónica y, por eso mismo, incompatibles entre sí. En efecto, si se asume la complejidad de la vida, la multiplicidad de elementos que se pueden encontrar a la hora de pensar la existencia humana de manera generalizada y crítica, puede apreciarse que no hay razón por la cual tener que optar por una de ambas perspectivas, rechazando tajantemente la otra y, lo que es más importante, se visualiza el hecho de que podrían obtenerse rendimientos políticos favorables al poder conjugarlas. Se trata de hacer un esfuerzo de complementar, lo cual no significa, por cierto, intentar convencer a toda costa al otro de que sus argumentos son más válidos, más verdaderos, más adecuados respecto de la realidad (ya sabemos, luego de apreciar detenidamente el planteamiento epistemológico,

cuán vana puede ser esa discusión, y los efectos de sumisión y legitimación que pueden generarse a partir de ella), tampoco se trata de que unos y otros terminen *pensando del mismo modo*; al contrario, complementar quiere decir aquí hacer un importante esfuerzo por exponer cada uno sus planteamientos, para poder discutirlos productivamente, compartirlos públicamente y desarrollarlos responsablemente, con el fin de ponderar su articulación estratégica de acuerdo a ciertos fines por alcanzar. ¿Acaso no es verdad el que ambos planteamientos comparten, si no el enunciado mismo, sí por lo menos el sentido de la enunciación que postula la existencia de la sociedad atravesándonos siempre, su presencia insidiosa pero inevitable, por encima de las particulares conductas que puedan emerger de los hombres? ¿No es contra el individualismo metodológico (que no es sino el creciente proceso de imposición de la cultura liberal en su modalidad científica) que tanto el plantiniano radical o el epistemológico han luchado hace más de cuarenta años proponiendo, cada uno a su manera, alternativas concretas al orden establecido? ¿Acaso no es verdad el que ambos modos de comprensión han concebido como tarea fundamental el problematizar la labor tanto del profesional de la psicología, como del mismo discurso psicológico en todas sus variantes? ¿No es verdad, en fin, que de un modo absolutamente sincronizado, tanto el planteamiento radical como el epistemológico han participado desde siempre de un profundo espíritu emancipador o, lo que sería prácticamente igual, de un importante deseo de libertad y autonomía de los hombres? Complementar los planteamientos quiere decir, así, escapar del cinismo teórico que reconcilia las perspectivas a pesar de sus diferencias irreconciliables, para confrontarlas de manera radical, y sacar de esa confrontación, de esa nutritiva interpelación mutua, un resultado políticamente utilizable. Esto último entronca con el segundo elemento que deseamos destacar: exigencia de volver a pensar el horizonte utópico desde la Psicología Social.

Es muy probable que sea este uno de los elementos de mayor complejidad a la hora de re-pensar la disciplina psicosocial, o de trabajar reflexivamente desde ella, asumiendo su estado de crisis interna, pues, en rigor, se trata de un conjunto de elementos que no pertenece al orden de los procesamientos utilizados para investigar o intervenir, y ni siquiera atañe al orden de las condiciones epistémicas de un decir posible. Se trata más bien de la incorporación del campo de la ética y de la política al interior del pensamiento y la práctica psicosocial, si por tales entidades se entiende, a grosso modo, la posibilidad colectiva de gobernar la vida de los hombres de acuerdo con un conjunto de valores democráticamente estipulados, y de impulsar estrategias en su dirección para que tales valores sean, efectivamente, puestos en práctica. Sostenemos que incorporar el asunto de los “valores” y de la “política” en el centro de las problemáticas contemporáneas estudiadas por la Psicología Social contribuiría enormemente a repensar el horizonte hacia el cual ha de dirigirse la disciplina. De este modo, si el planteamiento radical latinoamericanista incitó en tiempos de crisis a elaborar una Psicología Social de los oprimidos, de aquellos cuyas vidas se presentan efectivamente como miserables, repensar el horizonte de utopías implicaría preguntarse qué tipo de contribuciones puede aportar hoy a dicha problemática desde su propio lugar, e incorporando (¿por qué no?) los argumentos epistemológicos, toda vez que los oprimidos en la región latinoamericana aumentan de manera exponencial, y que las formas de oprimirlos se vuelven cada día más sutiles en su mismo ejercicio. Al mismo tiempo, si el planteamiento epistemológico, a partir de la metáfora de la construcción social, ha incitado a desestabilizar las verdades producidas desde las ciencias modernas, cabe preguntarse qué tipo de configuraciones sociales son las que estamos dispuestos a aceptar como válidas y qué articulaciones son las que estamos dispuestos a desarrollar desde la Psicología Social, sobre

todo encontrándonos en un mundo donde todo parece posible y todo parece aceptable. Ambas preguntas, sin duda, no pueden ser abordadas otorgando preeminencia solamente a asuntos de orden metodológico (cambiamos lo cuantitativo por lo cualitativo, los gráficos por el discurso), ni a lo temático (nos trasladamos de los estudios de la conformidad hacia la investigación de la pobreza, de la comprensión de las actitudes antisociales hacia el de los movimientos sociales); tampoco esas preguntas pueden ser abordadas considerando privilegiadamente lo epistemológico (pasamos de una concepción representacionista de la realidad a uno más bien construccionista de ella), sino que deben ser tratadas también tomando en cuenta esa dimensión del valor (valorizar) que, querámoslo o no, sepámoslo o no, siempre tensiona el ejercicio de nuestro trabajo en cada una de nuestras prácticas.

Ahora bien, a los dos elementos antes descritos (complementariedad del argumento radical con el epistemológico, y repensar el horizonte de utopía), habría que agregar un tercero que, en rigor, responde más bien a la urgencia del momento actual de nuestra sociedad; dicho elemento es el que se refiere a los procesos crecientes de precarización de la vida. A la vez que intentar exponer los argumentos radical y epistemológico para enfrentarlos y obtener de ese diálogo-tensión elementos posibles de utilizar en términos políticos, y al mismo tiempo que repensar ese horizonte utópico a alcanzar desde la Psicología Social, sostenemos que es imperativo atender a un conjunto de preocupaciones que dan cuenta tanto de la forma en que está siendo gobernada nuestra sociedad, como el modo en que se configuran trayectorias de existencias determinadas en el marco de ese mismo modo de gobernar. En efecto, y como anunciábamos en el apartado introductorio, la sociedad contemporánea, esto es, la sociedad abanderada por un neoliberalismo depredador, se caracteriza, por lo menos en los países latinoamericanos,

por una mercantilización casi absoluta de los diferentes campos que hacen básicamente sostenible la existencia humana hoy por hoy. La mercantilización de la vivienda ha provocado que grandes poblaciones se encuentren alojadas en las periferias urbanas, sobreviviendo en estructuras habitacionales realmente indignantes, presentando prácticamente las mismas características que evidenciaba el modo de habitar del obrero decimonónico (hacinamiento, aislamiento, inseguridad, insalubridad, etc.); la mercantilización de la salud ha hecho del bienestar humano un verdadero negocio, pudiendo salvaguardar una atención de calidad, digamos digna, solamente aquel que esté en condiciones de pagar por el “servicio”; lo mismo sucede con el sistema educacional o con el ámbito del trabajo, cuyos grados de neo-liberalización operan descarnadamente sobre la mayoría de la gente, provocando que tanto una actividad como la otra pasen a ser más un privilegio económico destinado a la clase dirigente, que un derecho social fabricado para los dirigidos.

Ante este panorama desolador, ¿qué puede decir la Psicología Social? ¿Qué puede aportar, en términos críticos, respecto de esas modalidades gubernamentales cristalizadas de nuestra cultura? Tal vez sea en aquella articulación de la perspectiva emancipadora y epistemológica, donde se juegue la posibilidad de responder a las urgencias antes mencionadas, respuestas que serán, en todo caso, el anuncio de que la Psicología Social aún está en crisis, y que, desde ese mismo estado de crisis que se niega a cosificar, busca las huellas borrosas de las utopías a alcanzar.

Referencias bibliográficas

Blanch, J. (1982). “Psicologías sociales. Aproximación histórica”. Hora. Barcelona.

Fernández, P. (1994). “La Psicología colectiva, un fin de siglo más tarde”. Antrophos. México.

Ibáñez, T. (1990). “Aproximaciones a la Psicología Social”. Sendai. Barcelona.

Ibáñez, T. y Domènech, M. (1998). “La Psicología Social como crítica”. Antrophos N° 177. México.

Ibáñez, T. (2000). “Munición para disidentes: Realidad, Verdad, Política”. Gedisa. Barcelona.

Íñiguez, L. (2002). “Psicología Social como crítica. Políticas, Sujetos y Resistencias”. Debates y críticas en Psicología Social, pp. 39-72. Universidad ARCIS.

Martín-Baró, I. (1983). “Acción e ideología: Psicología Social desde Centroamérica”. UCA Editores. San Salvador.

Sandoval, J. (2009). “Una lectura a la crisis y reconstrucción de la Psicología Social”, en Cuadernos de Postgrado en Psicología, Universidad de Valparaíso, N°1, diciembre. Valparaíso.

Torregosa, J. y Crespo, E. (1982). “Estudios básicos de Psicología Social”. Barcelona.

Artículo recibido el 30 de agosto del 2012. Aceptado el 01 de octubre del 2012.